SOBRE INMACULADO, SUICIDIOS, FACIA Y LUCÍFUGO

Por Roberto J. Lovera De Sola

(En el diario *El Nacional*, Caracas, Venezuela, 20-01-1986)

Entre los narradores venezolanos de las últimas promociones, entre los más jóvenes escritores, se destaca con rasgos propios Alberto Jiménez Ure. Seis son los libros que ha publicado. Pretendemos ocuparnos ahora de los últimos cuatro. Dos de ellos, *Inmaculado* (Monte Ávila Editores, Caracas, 1982) y *Suicidios* (Universidad de Los Andes, 1982) están formados por narraciones cortas. *Lucífugo* (Fundacultura, Barquisimeto, 1983) y *Facia* (Damocles Editores, 1984) son breves: denominadas «noveletas» por el autor.

Al entrar en los universos ficticios de Jiménez Ure se imponen algunas consideraciones: no puede quien se enfrente a sus libros soslayar, dejar de lado, pasar por encima de su contendiente posición crítica sobre nuestra literatura. Alberto es uno de los pocos heterodoxos en estos días de poca rebeldía en nuestras letras. De ahí sus constantes cuestionamientos. Juicios que, en su caso, están cargados de beligerancia e ironía. Este joven creador posee, también,

una sólida instrucción filosófica que asoma en forma importante en sus escritos imaginativos (nació en Tía Juana, Edo. Zulia, 1952. Ha estado ligado a la vida cultural larense, pero reside, desde hace casi una década, en Mérida). De ahí que no sean casuales confesiones suyas como ésta: «[…] Advierto al lector mi intención de distraer con cuentos pocos innovadores en forma e inusitados en contenido. No soy experimentalista cuando narro, ni textualista o buceador de técnicas: sólo obedezco a lo que creo infalible en la prosa […]» (p. 08 de *Suicidios*). Prefiere escribir relatos que casi siempre implican una reflexión o incitan a ella (p. 167 de ob. Cit.).

Inmaculado, Suicidios y *Facia,* si bien constituyen diversos momentos de su proceso escritural, tienen un denominador común que los une: la inquietud filosófica, las interrogantes sobre la condición humana que subyace en ellos. Son textos fantásticos en los cuales desarrolla anécdotas antecedidas por observaciones personales o epilogadas con lucubraciones sobre el acto de escribir, cosa que también lo distingue entre la mayoría de nuestros narradores casi nunca inclinados a meditaciones autobiográficas sobre sus trabajos.

Claro está que, en el interior de los cauces que ha dado a sus escritos, Jiménez Ure se ha propuesto romper los moldes del «Realismo» en la Ficción Venezolana. De la misma forma, sus planteamientos están, por momentos, muy cercanos a la «Literatura del Absurdo»: pero, no porque se haya propuesto seguir a los maestros de esa tendencia sino porque absurda es la época. Por esa vía es atrapada por este sensible creador. Así lo podemos observar en cada uno de los volúmenes que comentamos.

En *Inmaculado,* utilizando un humor negro y despiadado, sin salidas posibles, busca lo que denomina «el revés» (p. 08): lo que está detrás. En una de las historias un personaje irrespeta a sus padres, pone de manifiesto lo cobardes que son, considera «[…] que el infortunio conyugal era el precio de mi riqueza […]» (p. 25). U otro dice: «[…] Enloquecido quizá, me zumbé sobre ellos. Entonces me besaron, con infinita ternura, y me invitaron a nadar […]» (p. 25) Constatado esto,

el narrador se encamina hacia los niveles superiores de la conciencia: única que debe dominar nuestros actos, la única forma de «[…] subvertir regímenes de odio, coacción o leyes […]» (p. 27), cosa que es imposible sin un verdadero sentido de la Libertad, sin un pleno dominio de sí mismo. Otro personaje piensa: «[…] El ser humano debería tener madurez para no dejarse gobernar por cosa alguna, ente o superstición […]» (p. 33).

Se puede pensar que *Inmaculado* se propone una utopía realizable, si la entendemos en un sentido *marcusiano.* Subyace aquí la *Tesis Anarquista.* Entendida tal concepción en su sentido real, «verdadero». Como un acto dirigido hacia a la creación de la *Mansión Humana para el Hombre y la Mujer en la Tierra*. No en sentido «libertario» que, en Castellano, como nos enseñó el Padre Barnola, […] sólo invoca al destructor de la libertad y no al Libertador […] (en *Noto y Anoto.* Academia Venezolana, Caracas, 1985, p. 79). Esta plena vertiente propiamente anarquista –no «anárquica» por desordenada, confusa- no sólo la encontramos en *Inmaculado* sino que igual está en la esencia de su noveleta *Lucífugo:* en la cual, de nuevo, nos propone la *Utopía Anarquista,* ya que la anécdota transcurre en una ciudad libre donde no existe el Principio de Autoridad, una urbe donde el protagonista «[…] profesaba la idea de un mundo sin leyes, gobiernos ni títulos. Repudiaba a los hombres que hacían de las universidades mercados de febriles certificaciones y amaba el estudio solitario en beneficio de la Humanidad […]». Jiménez Ure no es el único en plantear tales convicciones en la ficción nacional. Son perceptibles también en dos obras de Isaac Chocron: *La Máxima Felicidad* (Monte Ávila, Caracas, 1976, pieza teatral) y en *Cincuenta Vacas Gordas* (Monte Ávila Editores, Caracas, 1982, novela)

A través de *Suicidios* podemos mirar el lado oscuro del ser humano. Afirmamos esto a pesar del hecho que en ese libro encontramos relatos que tienen muchos paralelismos con los de *Inmaculado.* En ambos, lo «quimérico» (*Suicidios,* p. 17) y lo «absurdo» están. En Suicidios nos topamos con criaturas que en vez de sentir dolor sienten placer cuando deberían sufrir (p. 22), o nos encontramos con un

asesino que se fuga incitado por los funcionarios policiales; hallamos una universidad en la que existe una «Cátedra de Atraco a Mano Armada» (p. 73)

En *Facia* nos ofrece una invención mediante la cual podemos seguir las dos caras –ángel-demonio- del ser humano. Lo afirmamos porque Facia y Odra, dos de sus personajes, podrían ser la misma persona (p.p. 24, 31, 51). Por su parte, el innombrado protagonista es un «espectro», apenas una sombra, y Facia «[…] una imagen que intenta comunicarme algo más profundo […]» (p. 11). Así, por medio de estas mujeres, una suicida (Facia) y un ser lleno de incertidumbre, escepticismo y amargura (Odra), J. Ure nos ofrece una demoledora sátira de nuestro tiempo, ya que a todo lo largo del texto el protagonista lucha «[…] por hallar una respuesta a lo inexplicable […]» (p. 31). A lo paradójico, a lo inaprehensible. A lo que quizá sólo sería probable atrapar con una angustiada lucidez.

(http://sisbiv.bnv.gob.ve/cgi-bin/koha/opac-authoritiesdetail.pl?authid=20280)